

SER UN ORANTE. FUNDAMENTO ANTROPOLÓGICO DE LA ORACIÓN

San Benito no concebía su lema “ora et labora” como una cosa exterior, como si el monje tuviera que disponer de suficiente tiempo para orar y para trabajar. La tensión entre el “ora” y el “labora”, describe la esencia misma del ser humano. El hombre fundamentalmente es un orante y un trabajador. Una persona sana ha de ser capaz de emociones, de eficiencia y de relación. Orar es, antes que nada, el lugar en el que nos hacemos conscientes de nuestras emociones y las expresamos. Necesitamos estas emociones para trabajar porque las emociones nos dinamizan. El que trabaja sin emoción, pierde rápidamente el gusto y la energía necesarios. El trabajo ha de ser eficiente. La capacidad de relación también es necesaria tanto para la oración como para el trabajo.

Être un priant, Lumen Vitae LXXI (2016) 13-18

Orar significa entrar en relación con Dios. Y el que trabaja sin relación con los hombres ve rápidamente desvirtuado su trabajo. La relación no significa únicamente la capacidad de trabajar en equipo sino que con mi trabajo me ponga en relación con los hombres para los que trabajo y con quienes trabajo. Por esto quisiera mostrar cinco aspectos de la oración que son útiles para la salud del agente pastoral, pero que, en realidad, revelan un camino de éxito para la vida de toda persona.

Orar, hacer una pausa, pararse

El que ora deja las ocupaciones ordinarias. Coge tiempo para sí

mismo. Para hacer una pausa. Esta pausa en mi interior me capacita para trabajar en el exterior. Gracias a esta pausa interior entro en contacto con mi fuente íntima. Para nosotros, cristianos, esta fuente íntima es el Espíritu Santo. Si bebo de esta fuente, no me agotaré rápidamente.

La cuestión es saber cómo proceder para entrar en contacto con esa fuente interior. Yo no puedo beber de esta fuente del Espíritu Santo más que a partir del momento en que dejo de lado mi ego y me hago permeable al Espíritu Santo. Entonces actuaré con más ternura, más discreción y seré mucho más eficaz.

Intención de oración y de bendición

Cuando acompaño a una persona, empiezo rezando por ella y me imagino que la bendición de Dios unida a mi amabilidad, descienden sobre ella. La intención de la oración no substituye la actividad propia, pero con frecuencia es una gran ayuda en los acompañamientos. Cuando acompaño a alguien, llego regularmente a un límite. Siento que no puedo seguir ayudándole. Pero si rezo por el acompañado, con frecuencia me siento inspirado y encuentro las palabras que pueden ayudarle a superar este límite.

No tengo porqué probar al otro que soy un buen sacerdote. En la oración yo comprendo lo que Dios me comunica. Esto es más eficaz que cuando me pongo a mí mismo en tensión, para realizar el encuentro según las reglas psicológicas o pastorales.

Si antes del encuentro, me paro un momento para que descienda la bendición sobre las personas, las encontraré de una forma diferente. La forma como encontramos a las personas, siempre depende de nuestras representaciones interiores. Una maestra pude representarse a sí misma como una domadora de niños. Se encontrará en una situación de lo más desagradable. Si bendigo a los niños interiormente, siempre serán complicados, pero los encontraré de una manera diferente.

Rezar, purificar las emociones

Toda actividad pastoral o catequética comporta decepciones y heridas. Entonces muchos agentes de pastoral se sienten amargados o se conforman. Nada tiene sentido y a veces revierten sus frustraciones sobre los fieles mostrándoles claramente quién tiene el poder. Con frecuencia las actitudes autoritarias son expresiones de decepciones reprimidas. No somos responsables de los sentimientos que surgen en nosotros sino de la forma de gestionarlos. Pero ciertamente somos responsables de los sentimientos con los que vamos a encontrar a las personas y trabajar.

Desde esta perspectiva, la oración es un lugar crítico que nos permite purificar nuestras emociones. En plena cólera, herida o decepción, recito la oración de Jesús: "Señor Jesucristo, ¡ten piedad de mí!". Cuando la recito durante veinte minutos seguidos, las emociones se transforman.

Siempre siento que en presencia de Jesús no soy capaz de dejar un lugar a la cólera en mi corazón. La purificación no es un acto de voluntad sino formular esta oración para contrarrestar las emociones. La oración las purifica. Aquel que encuentra las personas con emociones no purificadas contribuirá a contaminar emocionalmente su entorno aunque diga palabras muy piadosas. Las pala-

bras piadosas solo disimulan la cólera reprimida, cosa que se percibe, a pesar de todo, en el encuentro.

Orar, camino de transformación

Muchos agentes de pastoral rezan para que Dios les otorgue la fuerza y el espíritu de misericordia y amor. Pero con frecuencia miran a Dios de forma demasiado exterior, como si tuviera que hacerles un don desde el exterior para utilizarlo en su tarea pastoral. Pero el objetivo del mensaje cristiano es la transformación de uno mismo. Yo presento a Dios todo lo que hay en mí para que el amor de Dios y su gracia puedan penetrarlo todo y transformarlo. El sentido de la transformación es convertirse en un hombre nuevo. Esta es la razón por la cual muchos fracasan cuando se esfuerzan continuamente en cambiar y siempre se quedan igual. La finalidad de la transformación es que yo me convierta siempre más y más en mí mismo.

Cuando presento a Dios todo lo que surge en mí, entonces me veo con toda honradez. Y este encuentro honesto conmigo mismo tendrá consecuencias benéficas en el encuentro con los demás. Así no proyectaré mis lados oscuros y reprimidos sobre los otros. Seré capaz de encontrarlos con más misericordia y amor, porque me he encontrado a mí mismo en la ora-

ción, y he encontrado el amor misericordioso de Dios, que me penetra y lo transforma todo, y dejo de poner tensión sobre mí queriendo ser siempre perfecto en el encuentro.

Oración como descarga y alivio

Muchos agentes de pastoral son incapaces de desconectarse. Se preguntan continuamente si no habrían debido orientar mejor la conversación, si habrían tenido la reacción conveniente, etc. Pero estas reflexiones no les llegan a tranquilizar. Más de uno, entonces, tiene dificultades para dormir. Un excelente ritual de la noche, podría ser el presentar el día entero a Dios. Los rituales cierran una puerta y abren otra. Hay que empezar por cerrar la puerta del día para que se pueda abrir la puerta de la noche.

En mi ritual de la noche, me pongo delante de Dios y le presento mis manos abiertas. Presento a Dios lo que llevo entre manos, lo que he hecho, lo que he tocado. Le presento lo bueno y lo menos bueno. Renuncio a evaluar el día transcurrido. Creo que Dios puede transformar en bendición todo lo que ha pasado por mis manos, incluso una conversación menos inspirante. Si en la oración presento todo a Dios y le pido que cambie en bendición todo lo que ha pasado, llegaré en paz a la noche. Siento en mí un gran reconocimiento

por todo lo que Dios ha realizado por mis manos. Entonces doy menos importancia a la cuestión de si he causado buena impresión, y muchas más saber si Dios ha bendecido las personas a través de mí, incluso a través de mis palabras y actos imperfectos. Esto descarga mis preocupaciones. Y este alivio provoca que entre en la noche, no preocupado sino alegre, y que el día siguiente se levante lleno de nuevas esperanzas y me disponga, con la energía renovada, al servicio de Dios.

Conclusión

Estas pocas indicaciones demuestran que la oración es mucho más que una ocupación piadosa, mucho más que el cumplimiento de una obligación. La oración es mucho más que un camino esencial para la realización de nuestra vida. Sin oración nos sobrecargamos de trabajo que acaba por volvernos amargos y apáticos. La oración transforma todo lo vivido y nos pone sin cesar en contacto con la fuente interior que jamás se agota.

Tradujo y condensó: RAMON RIBAS BOIXEDA, S.J.

Cuando Dios se da al hombre como Padre, el primer resultado (y la prueba) de esa donación es la igualdad entre los seres humanos, como igualdad plena entre hermanos. Es como si Dios nos dijera: me abajo hasta ti pero abájate tú hacia los que están por debajo o lejos de ti (“perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos a quien nos debe algo”). La igualdad es la más religiosa, la más teológica, la más creyente y la más cristiana de todas las pretensiones humanas, porque la razón no basta para fundamentarla: la naturaleza está llena de ejemplos de desigualdades y es preciso aceptar que en el ser humano se produce un salto cualitativo, “trascendente” respecto a la naturaleza (“sobrenatural” decimos por eso), que impide que esas desigualdades sean argumentos para nosotros y justifiquen nuestras desigualdades.

JOSÉ I. GONZÁLEZ “¿Dios?” (Cristianisme i Justícia, n. 190, p. 23)